

# Centro Cultural de la Ribera

Ubicado sobre el corredor del río Paraná —columna vertebral de un ecosistema valioso y estratégico—, este territorio no es solo una porción de suelo: es un umbral. Entre la tierra y el agua, entre lo urbano y lo silvestre, entre la cultura y la naturaleza. Allí donde el límite se difumina, el proyecto se plantea como una hipótesis en diálogo con el paisaje. Una invitación a imaginar nuevas formas de habitar los bordes y construir ciudad desde el cuidado.

En una época donde la urbanización avanza sobre los márgenes fluviales con lógica extractiva, esta propuesta se detiene, observa y escucha. Parte de una convicción: que toda intervención sobre un territorio debe ser una forma de reparación. Proyectar no es sólo transformar, sino también proteger y conectar. Este gesto no busca imponer una forma, sino abrir una relación entre las infraestructuras regionales y las necesidades barriales.

El emplazamiento, próximo a Rosario y Santa Fe, opera como un nodo clave dentro del eje bioceánico que une Chile con Uruguay, y también como una pieza estratégica dentro del corredor hídrico que conecta Asunción con el Río de la Plata. Este sistema de transporte fluvial —menos contaminante que el transporte terrestre— no es solo una infraestructura logística: es un soporte para pensar nuevas centralidades productivas y culturales a escala regional. El proyecto toma esta potencia y la convierte en oportunidad: consolidar una infraestructura pública metropolitana que sea, territorio de encuentro, de formación, de expresión y de regeneración urbana.

La propuesta articula cuatro ejes fundamentales —espacio público, movilidad sustentable, edificación y producción local— atravesados por dos principios transversales: la responsabilidad ambiental y la perspectiva de género. Lejos de una operación aislada, el conjunto se plantea como una intervención profundamente técnica y social. Porque no hay regeneración urbana posible sin participación ciudadana: la transformación de un territorio comienza cuando se incorporan activamente las voces que lo habitan.

La arquitectura se apoya en una estrategia paisajística que da forma al territorio: una red de espacios verdes jerarquizados, con especies nativas, bordes arbolados y parques centrales que promueven la biodiversidad. El parque cultural se abre hacia un gran anfiteatro exterior, y culmina en un muelle que no es solo acceso al río, sino también infraestructura ecológica: protege el ecosistema fluvial, permite el avistaje de fauna, y activa un nuevo vínculo con el agua.

Los edificios —un auditorio, un centro de exposiciones, una escuela, un restaurante y una estación fluvial— se organizan como piezas autónomas pero interdependientes, abiertas al espacio público y conectadas entre sí por una red de senderos peatonales y ciclovías. Su implantación permite generar recorridos fluidos desde la ciudad hasta el río, integrando también al barrio Remanso Valerio y al nuevo conjunto Procrear Granadero Baigorria. El acceso vehicular se restringe a un área perimetral con estacionamiento disuasorio, buscando consolidar una zona de “automóvil cero” en favor de una movilidad sustentable.

Desde una perspectiva constructiva, se priorizan materiales de bajo impacto ambiental: estructuras de madera, basamentos prefabricados de hormigón, cerramientos de ladrillo visto. No son elecciones neutras ni solamente técnicas: son decisiones que reconocen la sabiduría constructiva del territorio, su historia material y su identidad.

Trabajar con ladrillo a la vista implica establecer una continuidad con el tejido urbano circundante, pero también con la maestría de quienes lo construyen: una técnica depurada, arraigada, que ha demostrado su durabilidad y su capacidad de diálogo con el clima y el entorno. Es un material noble, cercano, que permite construir desde lo que ya se sabe, desde lo que ya se hace bien.

La madera, por su parte, remite tanto a las arquitecturas ribereñas típicas del Paraná — muelles, viviendas sobre pilotes, pasarelas suspendidas— como a un saber compartido con regiones cercanas como el Noroeste argentino, donde su producción es abundante y su uso tradicional. En este proyecto, la madera se convierte en estructura, en sombra, en textura: una forma de traer el paisaje al edificio y de proyectar identidad con bajo impacto.

Pavimentos drenantes, captación solar, ventilación cruzada, sombreados naturales completan una estrategia en la que cada decisión técnica responde a una visión: construir desde el clima, desde el territorio, desde los saberes locales. Generar una arquitectura austera, resiliente y enraizada.

En sintonía con estos principios, el sistema edilicio adopta una lógica modular. Cada edificio y componente se organiza a partir de sistemas repetibles, adaptables y escalables, lo que permite tanto su construcción en etapas como su ampliación futura según las necesidades emergentes del territorio. Esta estrategia no solo optimiza recursos y tiempos de ejecución, sino que consolida una arquitectura capaz de evolucionar junto a la vida comunitaria, abierta al cambio y al crecimiento. Es una forma de proyectar estructuras vivas, que acompañen procesos en vez de clausurarlos.

Este proyecto no es un objeto; es una estrategia. No busca cerrar un lugar, sino abrir procesos. Es una intervención que combina precisión técnica con sensibilidad territorial, que plantea una nueva manera de producir ciudad en diálogo con el paisaje y con sus habitantes. Que transforma el borde en centro, el umbral en plataforma.

Y al final, más que respuestas, quedan abiertas las preguntas que dan sentido al proyecto.  
¿Cómo regenerar sin repetir las lógicas de exclusión que han marcado la historia de nuestras costas?

¿Cómo construir sin colonizar, sin borrar, sin homogeneizar lo diverso?

¿Qué arquitectura necesita un territorio que ya es paisaje, memoria y posibilidad?

¿Podemos imaginar infraestructuras que no sólo transporten bienes, sino también dignidad, cultura y comunidad?

Este umbral no es solo una línea que separa tierra y agua, urbano y natural, sino un campo de tensiones donde convergen intereses, historias y futuros posibles. La promesa de una arquitectura que escucha en vez de imponer, que integra sin destruir, que restaura en lugar de fragmentar. Una apuesta por proyectar de forma justa, capaz de construir puentes entre ciudad y paisaje.

La de que otra forma de proyectar — más justa, más situada, más viva— es posible.